

LUCA CRIPPA Y MAURIZIO ONNIS

EL FOTÓGRAFO DE
AUSCHWITZ

 Planeta

Título original: *IL FOTOGRAFO DI AUSCHWITZ*

de Luca Crippa y Maurizio Onnis

© 2014 por Mondadori Libri S.P.A bajo el sello de Piemme, Milano

Por mediación de Ute Körner Literary Agent – www.uklitag.com

Créditos de portada: Planeta Arte & Diseño

Fotografía de portada: Auschwitz-Birkenau State Museum in Oświęcim

Traducido por: Clara Ferri

Fotografías 1 y 2 (se desconoce el propietario de derechos)

Fotografías 3, 4, 5, 6, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26

(Archives of Auschwitz-Birkenau State Museum in Oświęcim)

Fotografías 7, 8, 9, 10, 11, 12, 27, 28 (gentil cesión de Yad Vashem Archives)

Fotografía 29 (BART EK WRZ ESN IOWS KI/AFP /Getty Images)

Derechos reservados

© 2024, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: febrero de 2024

ISBN: 978-607-39-0936-5

Primera edición impresa en México: febrero de 2024

ISBN: 978-607-39-0935-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

PRIMERA PARTE

*Auschwitz 1941:
Escondarse para sobrevivir*

—¡Así, no te muevas! Bien, ¡no levantes demasiado el mentón!
¡No te muevas! ¡Listo!

El obturador disparó y la imagen del prisionero quedó capturada en el gran negativo de seis por doce centímetros. Entonces Brasse se acercó a la silla. El prisionero se hizo instintivamente para atrás, como si temiera que lo golpeará, pero él lo tranquilizó.

—No te asustes. Sólo quiero arreglar un detalle.

Y le ajustó el cuello de la chaqueta del uniforme, uno de los botones estaba medio abierto.

Cuando retrocedió, miró de nuevo en el visor.

—Quítate el sombrero y mira directamente al objetivo. No parpadees, no sonrías. No hagas muecas, por favor. ¿Por qué esa cara?

El prisionero no lograba mantener firme su expresión, ni siquiera durante los pocos segundos necesarios para ser retratado. Era un polaco.

—Me duele la espalda. Mucho —contestó a la pregunta de Brasse en su lengua madre.

También el *Kapo* que lo había llevado ahí era un polaco. Se acercó a la silla giratoria y le asestó una cachetada.

—Ponte derecho y haz lo que te dice el fotógrafo. ¡Aquí sólo tienes que obedecer!

Brasse le lanzó una mirada de reproche al *Kapo*. Nunca lo había visto antes y no sabía de qué bloque provenía, pero no le tenía

miedo. Allí era él quien mandaba, sobre todo cuando había que tratar con los «clientes», y no quería que los prisioneros fueran maltratados inútilmente.

—¡*Kapo*, no lo vuelvas a golpear! ¡No en mi estudio! ¿Entendiste?

El hombre masculló una imprecación y volvió a recargarse en la pared.

—De acuerdo, me las veré después con esta rata asquerosa.

Brasse repitió su invitación al prisionero y el hombre por fin miró fijo el objetivo, la frente sin fruncir, los ojos desorbitados, el cuello tenso por el esfuerzo de mantener la pose; el fotógrafo disparó.

Cuando volvió a levantar la mirada, el prisionero estaba en la misma posición en la que lo vio a través de los lentes, inmóvil, perdido en sus pensamientos. Había gastado tanto tiempo en ponerlo en pose y ahora él no volvía a la realidad. Brasse lo observó. Sus ojos, siempre desorbitados, parecían grandes, inmensos en el rostro demacrado y brillantes, tan brillantes —en el momento en que había olvidado todo— como para conferir esplendor al resto de la cara y a toda su persona. Como si al fondo de esos ojos aún hubiera una llama tenaz y muy decidida a no apagarse.

Fue él quien lo sacó del hechizo.

Estiró el brazo y jaló hacia sí la palanca que se encontraba a un lado del banco fotográfico. De inmediato la silla del prisionero giró noventa grados, permitiéndole encuadrarlo de perfil. Pero cuando miró en el visor notó que el hombre, de pronto despabilado por el giro, estaba demasiado arriba. Otra palanca le permitió bajar un poco la silla y, finalmente, la nuca del deportado se halló en la altura correcta.

—No te vuelvas a poner el sombrero y observa el muro frente a ti...

El hombre obedeció y el fotógrafo pudo hacer la última toma. Con él, el trabajo había acabado.

—Bien, te puedes ir...

—¡Adelante, camina! —le gritó el *Kapo* y él se levantó con la mirada decepcionada, deseoso de saborear más el descanso que le había concedido la novedad de las fotografías. No quería volver afuera, al frío. Quería seguir ahí, adentro, en el calor. Pero no le daba tiempo. Otro prisionero debía tomar su lugar y la fila ya se hacinaba afuera de la habitación. Brasse echó un vistazo al otro lado y vio al menos unos veinte. Estaban parados, no hablaban, miraban inmóviles delante de ellos. No se concedían la menor infracción a la regla que les imponía silencio absoluto. Y cuando uno, tal vez el tercero en espera, se atrevió a absorber sus mocos, el *Kapo* estalló.

—¡Bastardo! ¡Asqueroso animal! ¡Escoria judía!

Lo agarró a puñetazos y cachetadas, primero en el cuerpo y luego en la cabeza, mientras el otro se doblaba en el suelo y trataba de protegerse la cabeza con brazos y manos.

El hombre no se atrevió a reaccionar y gimió en voz baja, casi en un susurro, pero fue suficiente para que el *Kapo* perdiera más los estribos, mientras los demás se apartaban aterrorizados. Había que detenerlo, si no, lo mataría.

—¡Lo quiero a él, ahora!

Brasse indicó al deportado y el *Kapo*, jadeando y lleno de rabia, tuvo que detenerse.

—¿Por qué justo él? No es su turno.

El fotógrafo tomó al *Kapo* de un brazo y lo apartó un par de metros del grupo. Le habló con tono gentil pero inamovible, no quería enemistarse con él. Sin embargo, dejó pasar a través de las palabras una leve amenaza.

—¿Acaso no recibiste la orden de traer aquí a los hombres de tu *Kommando* para la fotografía?

—Así es.

—¿Y sobre quién va a recaer la responsabilidad si no tomamos las fotos?

El *Kapo* lo miró fijo un momento, apretando los puños. Se veía que moría de ganas de golpearlo a él también; a pesar de

sus pretensiones, el fotógrafo era un simple deportado, un piojo. Luego se contuvo y gruñó:

—¿Qué quieres decir?

Brasse trató de ser aún más amable.

—Me dieron la orden de fotografiar sólo a prisioneros en buen estado. Las tomas deben estar limpias. No quiero caras golpeadas, ojos morados o huesos quebrados. No quiero prisioneros sufriendo. A mi jefe estas cosas no le gustan. ¿Está claro?

El *Kapo* apretó los labios. Había entendido, estaba claro. Incluso trató de relajar el rostro con una sonrisa.

—No le vas a contar a tu jefe este pequeño accidente, ¿verdad?

Brasse negó con la cabeza, tranquilizándolo.

—Yo no diré nada. Pero ahora fotografiemos a ese hombre, antes de que en su rostro aparezcan los moretones. ¿A qué *Kommando* pertenecen?

—Estamos en los garajes del campo. Y estos animales se lo toman con calma. Se están acostumbrando bien, tienen demasiado confort.

Resopló, como si pensara que se necesitaba a alguien como él para restablecer la disciplina en Auschwitz, y le ladró al prisionero tan pronto como le dio la orden de entrar en el estudio y sentarse en la silla giratoria.

Primera toma de tres cuartos, con el gorro en la cabeza.

Segunda toma de frente, sin gorro.

Tercera toma de perfil, también sin gorro.

Después de cada retrato, mientras Brasse se encargaba del encuadre, Tadek Brodka sacaba de la Zeiss el pesado casete, que contenía el negativo, para cambiarlo. Finalmente, Stanisław Trałka componía los letreros de identificación, acercándolos al prisionero para que apareciera en la tercera imagen: de dónde era originario, cuál era su número de matrícula, por qué se encontraba en Auschwitz. De esta forma, Brasse se enteró que el deportado al que el *Kapo* había golpeado era Pol S., un preso político proveniente de Eslovenia, y que su número de matrícula era 9835.

Calculó que había llegado al campo de concentración unos meses después de él.

Cuando terminó, con un movimiento de la cabeza le dio a entender que podía irse, y captó en sus ojos un mudo agradecimiento. El hombre sabía que Brasse lo había salvado de un castigo aún más duro, pero el fotógrafo agachó la mirada y no contestó a ese saludo silencioso. Al intervenir había querido ahorrarle golpes aún peores, sabía muy bien que si lo hubiera dejado ir sin tomarle la fotografía, habría un hueco en los registros, noventa de cada cien prisioneros no regresaban a una nueva sesión. Los mataban en el ínterin.

Sin embargo, pensaba también en sí mismo. Nadie sabía qué pasaba por la cabeza de los alemanes y no se habría sorprendido si le hubieran echado la culpa a él por las fotos no tomadas. Quería que todo saliera bien.

Mientras el *Kapo* en el garaje empujaba la silla giratoria al siguiente deportado, Brasse levantó la mirada hacia el reloj con el que los alemanes habían adornado el estudio. Notó que casi era mediodía, dentro de poco un pájaro saldría de las puertas del reloj para cantar. Aquel sonido lo irritaba porque siempre lo distraía cuando estaba concentrado, pero no encontraba el valor de pedir que le quitaran el sonido. Le divertía a Bernhard Walter y eso bastaba. Pasó un minuto más, el pájaro cantó, él sintió una punzada del hambre y regresó al objetivo. En ese momento entró Franz Maltz, el *Kapo* del estudio fotográfico. Brasse le dirigió un saludo deferente.

—Bienvenido otra vez, *Kapo*. ¿Es una bonita mañana allá afuera?

Maltz se sacudió, para quitarse de encima lo helado, y se acercó a la estufa, cubriéndola con su gran trasero.

—Piensa en tu trabajo, polaco, y no te preocupes por mí.

Brasse no contestó y agachó la vista, mirando en el visor de la Zeiss.

Nadie sabía en dónde transcurría la mayor parte de su tiempo el *Kapo*. Claro que no entendía nada de fotografía y a lo mucho

podía hacer alguna copia en el cuarto oscuro. Cómo se había vuelto *Kapo* del Servicio de Identificación era un misterio, pero nadie se atrevía a preguntarle al respecto. Era su superior directo, no había nada más que agregar. Y Brasse lo escuchaba jadear a menudo detrás de sí, pegado a la estufa, mientras él se ocupaba del encuadre.

Ahora un muchacho estaba sentado en la silla.

No debía tener más de dieciocho años y, al observarlo a través del visor, Brasse sintió un vuelco en el corazón. Llevaba en el pecho el triángulo amarillo, encima del cual estaba zurcido el triángulo rojo, formando la estrella de David: también él era judío y de seguro no viviría por mucho tiempo. Pero no era eso lo que causaba la compasión del fotógrafo. Era su mirada la que lo emocionaba. El muchacho tenía ojos claros, limpios, los ojos confiados de quien acaba de salir de la pubertad. Las pestañas largas, casi femeninas, y las pecas le conferían un aspecto amable. Ningún rastro de vello en las mejillas ni en el mentón. Brasse estaba seguro que de sus labios jamás saldría un insulto. Moriría invocando a su madre y mirando fijo a sus verdugos, asombrado, sin entender por qué lo mataban. No le quedaban más que un par de semanas de vida. Trabajo, frío, hambre y golpes, sólo era cuestión de tiempo.

Tan pronto como hizo la tercera toma, la de perfil, escuchó a Maltz gritar: «*Weg!*». En alemán era la orden de largarse, de esfumarse.

El joven venía de Francia y de seguro no entendía alemán, pero entendió el tono de esa orden apresurada y trató de levantarse de la silla giratoria lo más rápido posible.

No fue suficiente.

Aún no ponía los pies en el piso cuando el *Kapo* empujó la palanca a un lado del banco fotográfico con un movimiento repentino, la silla giró y regresó rápidamente a la posición frontal. Como le ocurre a los muñecos de resorte, el muchacho brincó y fue catapultado al piso, golpeando su cara contra el borde de la plataforma que sostenía la Zeiss.

Por un momento se quedó inmóvil en el piso y Brasse sintió el impulso de ayudarlo. Pero no estaba permitido ayudar a los deportados, se metería en un lío. Entonces, mientras Maltz se reía como loco, el judío se levantó solo, con un gran esfuerzo. Cuando estuvo de pie, escupió un diente y su *Kapo* lo empujó hacia afuera. Él también se reía. Nunca había visto ese jueguito y se divertía mucho.

—¡Qué divertido! ¿Lo hacemos otra vez?

Maltz, que de tanto reír había doblado sus rodillas, contestó con dificultad:

—¿Viste qué cara puso? ¡Me matan de risa! Se quedan tan sorprendidos... Oh, Dios, qué cara tenía. Se quedan muy sorprendidos. ¡Sí, hagámoslo otra vez!

Así que la silla giratoria tiró al piso a otros tres prisioneros.

Uno en particular, un viejo, se rompió un brazo. En el piso gritaba de dolor y de miedo. De dolor porque su brazo se dobló de manera innatural y el hueso casi sobresalía de la carne. Y de miedo porque entendía que este incidente marcaba su fin. Se leía en su cara que lo entendía. Del estudio fotográfico pasaría directamente al hospital y de ahí al crematorio. Nadie tenía interés en curar y alimentar a un anciano. Mientras más pronto se quitara de en medio, mejor para todos. Y todo el conjunto —el brazo destrozado, el miedo en los ojos del viejo, el caos en que se precipitó el estudio— provocó la máxima hilaridad de los dos *Kapos*, quienes dejaron de reír sólo después de varios minutos.

Entonces Maltz regresó a su acostumbrado ceño fruncido. Se había desahogado mucho y ya no tenía ganas de bromear. Se estiró un par de veces. Luego bostezó.

—Voy a la tienda a comprarme algo de comer. ¿Quieren algo?

Y se rio socarronamente, sabiendo que Brasse y sus compañeros no tenían dinero para gastar en la tienda.

Entonces los dejó solos, lidiando con los prisioneros.

Brasse miró el reloj. Era casi la una. La punzada del hambre se hizo más fuerte, pero tenía que aguantarse.

Aún tenían muchas horas de trabajo por delante.

Todo empezó un mes antes, el 15 de febrero de 1941, el día en que lo mandaron a la Oficina Política, después del primer terrible invierno transcurrido en Auschwitz. En el camino se dio cuenta de que no estaba solo. Junto a él, otros cuatro prisioneros buscaban las barracas de las ss. Mientras caminaban, con los zuecos en la nieve y los brazos cruzados en el pecho, para no dispersar el escaso calor del cuerpo hambriento, charlaron preocupados, preguntándose por qué los habían convocado justo a ellos.

—¿Tú de dónde vienes?

—De Francia. ¿Y tú?

—De Holanda.

—Yo vengo de Eslovaquia.

—No entiendo...

Sólo Wilhelm Brasse hablaba alemán, así que para entenderse usaron las pocas palabras que habían aprendido en la Torre de Babel del campo, comunicándose casi a gestos.

Venían de naciones distintas y tenían edades diferentes: dos habían pasado los cincuenta, uno tenía treinta y cinco años y otros dos, entre los cuales estaba Brasse, eran aún más jóvenes. Parecía que ni siquiera tenían algún conocido en común entre los *Kapos* o los demás prisioneros, trabajaban en *Kommando* y dormían en bloques distintos. Andaban a tientas. Hasta que a Wilhelm se le ocurrió una idea.

—¿Cómo se registraron?

Los demás lo miraron perplejos.

—¿Qué quieres decir?

El polaco replicó con impaciencia.

—¿Qué hacían en la vida antes de llegar aquí? ¿Qué les dijeron a las ss?

—Yo era fotógrafo —explicó el francés.

—¿De verdad? ¿Y tú?

El eslovaco asintió.

—Yo también era fotógrafo. Tenía un estudio cerca de Bratislava.

Resultó que de los civiles, el holandés y el húngaro también habían sido fotógrafos.

—Como yo. —Cerró el círculo Brasse—. Yo también era fotógrafo. ¿Saben qué significa esto?

Los cinco hombres se detuvieron con los pies bien plantados en el hielo para no resbalarse. La puerta de la Oficina Política estaba a unos pasos de ellos. Se miraron los unos a los otros, sin hostilidad pero ya con la desconfianza creciente. En pocos segundos entendieron que los alemanes, de alguna manera, por alguna necesidad que ellos todavía desconocían, necesitaban a un fotógrafo. Quizados. Pero, en definitiva, cinco no. Era claro que se estaban dirigiendo hacia una selección.

Wilhelm rompió el silencio y la tensión que los rodeaba.

—Bueno, vamos. De todos modos, los alemanes son quienes deciden.

Y entraron con pasos cortos, pidiendo permiso y anunciando su nombre de número de matrícula, cada uno, tras entrar a la barraca.

«¡Presente!» casi gritaban, con voz clara y fuerte, como si su destino dependiera del hecho de solicitar audiencia de manera más disciplinada que sus compañeros.

Luego los dejaron esperando, de pie, sin una explicación, mientras los admitían uno tras otro en un cuartito del cual se filtraban

voces quedas. Cuando terminaban la entrevista, los dejaban salir por una puerta trasera. Nunca más se volvieron a ver todos juntos, ni siquiera pudieron intercambiar mirada alguna y, para asegurarse de que no se informaran mutuamente de lo que estaba ocurriendo en la oficina, un soldado de las ss, con la bayoneta firmemente encajada, se encargó de mantener la amenaza.

Cuando fue su turno, Wilhelm entró a la habitación.

Se halló frente a un escritorio que ocupaba casi todo el espacio y sólo dejaba libre el pasaje para su dueño, un *Oberscharführer*, mariscal de las ss: un joven suboficial del cual en ese momento podía depender su vida. Al polaco le latía fuerte el corazón. Abrió la boca para anunciar otra vez su nombre y matrícula, pero el otro lo calló con un ademán y lo invitó a sentarse.

—Tome asiento, Brasse.

Wilhelm lo miró estupefacto.

Desde hacía muchos meses, nadie se dirigía a él hablándole de usted.

Apretó con fuerza el gorro con las manos y se sentó.

—A sus órdenes.

El alemán, que parecía de alrededor de treinta años y tenía un rostro simpático, examinó con atención algunos papeles y luego empezó a hacerle una larga serie de preguntas sin prisa, incluso con paciencia, como si ahondar en el tema fuera para él una cuestión de máxima importancia.

—Veo que los documentos dicen que usted tiene veintitrés años y que, como civil, fue fotógrafo en Katowice.

—Sí, junto con mi tío.

—¿El estudio era de su familiar?

—Sí, yo fui su pupilo. Aprendí bien el oficio.

—¿Qué tan bien?

El ss sonreía y Wilhelm tuvo la tentación de mentir, pero en un santiamén entendió que lo pagaría caro, hacerse pasar por el mejor fotógrafo de Polonia sería inútil y peligroso. Se limitó a decir la verdad.

—Bastante bien.

No mentía. Él era realmente muy bueno.

—¿Qué usa para el revelado?

—Líquidos Agfa... La calidad alemana es superior a cualquier otra.

Concluyó sin ironía.

—¿Y para el fijado?

—También Agfa.

—¿Qué tal le va con el retoque?

Wilhelm se preguntó de qué servían todas esas preguntas. Era claro que necesitaban a un fotógrafo, hábil también en el cuarto oscuro. Pero el retoque era algo más, quizá relacionado con el retrato; algo para un estudio en la ciudad, en las calles elegantes del centro. No lograba entenderlo.

—Junto con mi tío hice muchos retoques, pero con los aparatos adecuados...

—¿Qué quiere decir?

Brasse miró a su alrededor, incierto, como diciendo que Auschwitz no era el lugar adecuado para esas actividades. Luego contestó.

—Se necesitan lápices con puntas de diverso grosor, tintas negras brillantes y mates, hollín, también laca. Y mucho más. Sólo así se puede hacer un retoque de calidad.

El *Oberscharführer* asintió satisfecho, parecía que las palabras de Wilhelm le agradaban. Hojeó los papeles unos segundos más. Luego abrió un cajón y le puso bajo los ojos un pequeño retrato en formato postal. Era un civil, un anciano que el joven jamás había visto; seguramente el retrato de medio cuerpo se había hecho en un estudio. Sin embargo, no era perfecto.

—¿Qué piensa de esta fotografía?

—No está bien.

—¿Por qué?

—El encuadre de tres cuartos es bueno y la expresión del rostro está bien, pero la mitad derecha de la cara está demasiado sombreada. Hay un problema de contraste.

El alemán se inclinó hacia él.

—Lo escucho.

Wilhelm tomó en la mano la fotografía y la observó con atención.

—Las lámparas están mal colocadas o tal vez el fotógrafo no contaba con iluminación suficiente. Se necesitaba una lámpara más que aclarara las sombras en la mejilla derecha del hombre. Ese es el problema.

El ss hizo un ademán con la cabeza hacia la imagen.

—Ese es mi padre y la foto la saqué yo.

Wilhelm se pasó saliva sin replicar, asustado.

—La saqué en su casa, en Fürth, Baviera, mi ciudad. Y la saqué sólo con las lámparas de la sala. Para ser obra de un amateur no está mal. ¿No cree, *Herr Brasse*?

Puso énfasis en *Herr* y el joven se sintió desvanecer.

Sin embargo, encontró el valor de contestar de manera adecuada.

—Sí. Para estar hecha con equipo de emergencia, es una buena fotografía.

El alemán asintió.

—Ya. Es una buena foto, pero yo tengo demasiadas cosas por hacer como para dedicarme a la fotografía.

Bajó de nuevo la mirada hacia los papeles que estaba examinando y con decisión puso en ellos unos signos rápidos. «Es mi práctica», pensó el polaco y se quedó en espera, lleno de angustia y nerviosismo. El ss dejó de escribir y le dio una hoja.

—Estas son sus órdenes. El eslovaco sabe de fotografía más que todos ustedes y el francés también es muy capaz. Pero usted, *Brasse*, tiene respecto a los demás una ventaja decisiva, más bien dos.

El joven no replicó.

—La primera es que habla bien alemán y yo no quiero comunicarme con gestos, como un mono. Con los otros dos sería así. La segunda ventaja es que usted, a pesar de declararse tenazmente

polaco, es hijo y nieto de austriacos. Yo tengo el deber de mirar con atención y responsabilidad a los arios. Incluso a aquellos que no les importa.

Ante esa observación, Wilhelm se sonrojó y el alemán se dio cuenta. Sonrió con malicia.

—El campo es un duro maestro y quizá con el tiempo le darán ganas de unirse a nosotros. La *Wehrmacht* es seguramente más acogedora que Auschwitz y nuestro uniforme es más hermoso que el de rayas de ustedes los prisioneros. ¿No le parece?

—Sin duda es así, señor.

—Bien. Ahora retírese.

Sin embargo, el polaco no se movió y el ss inmediatamente frunció el ceño. Esperó un segundo y espetó:

—¿Ya empieza a desobedecer? ¡Le dije que se largara!

—Disculpe, señor. ¿Para qué trabajo me reclutó?

El alemán se pegó la frente con una mano.

—¡Casi lo olvidaba! Me llamo Bernhard Walter y desde hoy soy su nuevo jefe. Usted está asignado al *Erkennungsdienst*, el Servicio de Identificación del campo. Nuestra tarea es tomar fotografías de los prisioneros y con ellas crear un archivo. Todos los que ingresan a Auschwitz deberán pasar frente a su objetivo para ser registrados. Comienza en una hora. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Y ahora váyase.

Wilhelm hizo una rápida reverencia y salió del cuartito.

El soldado de las ss lo acompañó afuera y lo dejó ahí, solo, en la nieve, temblando de alegría. Por fin, de la manera más inesperada, una luz aparecía al final del túnel. Casi incapaz de creer lo que estaba ocurriendo, marcó dos pasos de danza en el frío. Luego, sacudido por escalofríos cada vez más fuertes y, vencido por la tensión, se encaminó hacia su barraca. Lloraba y nunca las lágrimas le habían parecido tan dulces como ese día.